

Dos dimensiones del deseo del analista

Two dimensions of analyst's desire

Lucas Boxaca¹

Luciano Lutereau²

Universidad de Buenos Aires

Argentina

Resumen

En este artículo nos proponemos delimitar dos dimensiones de la expresión “deseo del analista” en la enseñanza de Lacan: por un lado, una vertiente vinculada a la noción de falo (en el contexto del seminario 8); por otro lado, una segunda vía relacionada con la categoría de objeto *a* (en el marco del *seminario 11*). Ambas dimensiones son expuestas en los dos primeros apartados. En un tercer apartado se presenta un caso clínico con el objeto de circunscribir las dimensiones señaladas. En el apartado final, dedicado a las conclusiones, se extraen algunas consideraciones generales y se proponen vías de investigación para futuros trabajos.

Palabras clave: *Lacan, deseo del analista, falo.*

Abstract

In this article we propose to define two different dimensions of the term “analyst's desire” in Lacan's teaching: firstly, the one associated with the notion of phallus (in the context of seminar 8), and on the other hand, a second one related to the category of object “a” (in the framework of seminar 11). Both dimensions are developed in the first two paragraphs. In a third section we present a clinical case in order to illustrate the previously developed dimensions. The final section, devoted to the conclusions, draws some general considerations and new procedures for research are proposed for future works.

Keywords: *Lacan, analyst's desire, phallus.*

1 Especialista en Psicología Clínica.

2 Magister en Psicoanálisis. Contacto: llutereau@gmail.com

Introducción

Habitualmente, la expresión “deseo del analista” suele entenderse de un modo vago e inespecífico; por ejemplo, al afirmar que se trataría de un “deseo de analizar” sin más –propuesta que, en definitiva, intenta resolver un problema y produce otro, solución típica del obsesivo–, o bien cuando se sostiene que el deseo del analista consiste en cuestionar las certidumbres del analizante. En esta última circunstancia, para el caso, no se trataría más que de una intención histerizante, una suerte de pasión por poner todo en cuestión –por la cual incluso muchas personas demandan un análisis–. De este modo, cuando se extravía la necesidad de una definición ajustada, aparecen las versiones neuróticas del concepto.

En este artículo nos proponemos delimitar dos dimensiones de la expresión “deseo del analista” en la enseñanza de Lacan: por un lado, una vertiente vinculada a la noción de falo (en el contexto del *seminario 8*); por otro lado, una segunda vía relacionada con la categoría de objeto *a* (en el marco del *seminario 11*). Ambas dimensiones son expuestas en los dos primeros apartados. En un tercer apartado se presenta un caso clínico con el objeto de circunscribir las dimensiones señaladas. En el apartado final, dedicado a las conclusiones, se extraen algunas consideraciones generales y se proponen vías de investigación para futuros trabajos.

El deseo como signo

En la enseñanza de Lacan, la expresión “deseo del analista” tiene un uso concreto, propuesto a partir de determinada época y frente a problemas clínicos específicos. Por ejemplo, en un escrito como “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1958) Lacan afirmaba lo siguiente:

Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista (Lacan, 1958, p. 598)

Sin embargo, es a partir del *seminario 8* que una delimitación precisa de este concepto comienza a desarrollarse. Asimismo, este movimiento se realiza en el marco más amplio de una reelaboración de la noción de deseo. Si en “La dirección de la cura...” el operador del deseo era el falo, y aquél se entendía en términos de falta de objeto –como metonimia, a su vez, de la falta en ser del sujeto–, a partir de este seminario el deseo comienza a presentar una dimensión diferente: enigmática e irreductible.

En este contexto, el deseo oral y anal son formas de relación con la demanda; en el primer caso, respecto de una demanda *al* Otro que, frente a su contrademanda, se afirma como rechazo; en la segunda circunstancia, en el cumplimiento de la demanda *del* Otro que, frente a la aparición de su deseo, se consolida como retención. Dicho de otro modo, por esta vía La-

can esclarece las formas neuróticas privilegiadas de posicionarse respecto del deseo: la histeria, que rechaza la demanda del Otro; y la obsesión, que reniega del deseo del Otro (vía la obediencia). No obstante, estas formas defensivas del deseo no son excluyentes. En todo caso, se trata de formas fálicas del deseo, es decir, que exponen lo que Lacan llama la “paradoja del complejo de castración”: que haya una discordancia entre la demanda y el deseo o, mejor dicho, que el deseo requiera de la falta para poder manifestarse. He aquí, entonces, el lugar que corresponde al falo.

En términos generales, hasta este seminario Lacan se refirió al falo como el significante que indicaba la falta de significante. Sin embargo, en esta argumentación comienza a vislumbrar un nuevo estatuto: el falo como signo. El falo se instituye como suplencia respecto del desfallecimiento del Otro. Por eso Lacan sostiene que “lo que nos revela la experiencia analítica es que más precioso aún que el propio deseo es conservar su símbolo, el falo” (Lacan, 1960-61, p. 264). El neurótico se afirma en el *falicismo* del deseo como un modo de defensa respecto de un deseo de otro orden. En este punto se introduce la noción de signo:

Presten atención ahora a no confundir tampoco este objeto fálico con lo que sería el signo, en el Otro, de su falta de respuesta. La falta de la que aquí se trata es la falta del deseo del Otro. La función que adquiere el falo [...] no es la de ser idéntico al Otro en cuanto designado por la falta de un significante, sino la de ser la raíz de dicha falta (Lacan, 1960-61, p. 251)

A partir de lo anterior, entonces, el falo en su dimensión de signo es diferente a la interpretación fálica del deseo en que consiste la neurosis. Al mismo tiempo, en esta perspectiva, no indica una falta en el Otro sino su raíz o, para utilizar un término posterior (del *Seminario 10*): su causa. Ahora bien, ¿cómo pensar esta dimensión del deseo que es irreductible al deseo fálico? “Ver el deseo como signo no supone acceder a la vía por la que el deseo es captado en una cierta dependencia” (Lacan, 1960-61, p. 266).

El deseo como signo, entonces, circunscribe una dimensión diferencial que resiste a su interpretación en función de una falta; en todo caso, el neurótico hace de la falta en el Otro una versión cómplice de su neurosis. Por eso, de lo que se trata en un análisis es de instituir, por parte del analista, la causa de esa falta, reconducirla a su fundamento. Por esta vía, entonces, es que Lacan introduce la función del deseo del analista:

Aquí ven ustedes cómo se insinúa el camino que trato de abrir hacia lo que debe ser el deseo del analista. [...] Sin duda, siempre está más allá de todo lo que el sujeto sabe, sin poder decírselo. Sólo puede hacerle signo (Lacan, 1960-61, p. 266).

El analista, por lo tanto, encarna una función más o menos inquietante,

que no debe ser entendida históricamente como una puesta en cuestión continua. En todo caso, esta posición suele enunciarse eventualmente bajo la forma de cierto extrañamiento. “Qué cosas decís vos”, decía una analizante en cierta ocasión; al exponer de qué manera esta función del analista resituye el acto enunciativo. “¿Por qué me decís eso?”, es decir, no se trata tanto de una precisión respecto del contenido semántico del decir del analista –muchas veces, es por esta vía que el obsesivo, por ejemplo, degradada el decir analítico: “Ah, sí, ahora entiendo” (aunque también, por el contrario: “No entiendo, explicame lo que decís”; o bien la histérica seduce de forma aquiescente: “Sí, muy interesante” (y su contrario: “Nada que ver”)– sino de una presencia que indica que apunta a la causa de ese decir (“Por qué...”), punto en que se proyecta la intención fantasmática y la interpretación fálica del deseo del Otro como efecto de ese decir enigmático:

El signo que hay que dar es el signo de la falta de significante. Es, como ustedes saben, el único signo que no se soporta, porque es el que provoca la más indecible angustia. Es sin embargo el único capaz de hacer acceder al otro a lo que es de la naturaleza del inconsciente...
(Lacan, 1960-61, p. 267)

De este modo, el decir del analista no se presta a la comprensión, aunque tampoco debe entenderse este carácter de enigma como si se tratase de un oráculo más o menos ingenioso. En absoluto a un analista le cabe ser ingenioso, a menos que desde ese lugar pueda interpelar a quien habla. Asimismo, también puede deducirse de lo anterior que el silencio muchas veces no es la mejor respuesta, en la medida en que puede producir un claro efecto de sugestión. No hay nada más sugestivo, nada que enlace más a una suposición de saber, y un desconocimiento de la propia posición subjetiva, que la espera que el silencio suele promover.

Por último, es notable que Lacan afirme que el signo que da el analista tiene una doble incidencia: por un lado, provoca la angustia; aunque, por otro lado, también produce la apertura del inconsciente. De esta doble consideración se desprenden dos observaciones: en primer lugar, que la angustia de la que habla Lacan no es un afecto fenoménico (no es lo que llamamos “estar angustiado”) sino que implica una coordinada específica de aparición del sujeto; en segundo lugar, el inconsciente tiene como requisito la localización de esta coordinada.

De la transferencia al amor

Años después, en el *seminario 11* Lacan establece un punto intermedio que vincula el deseo del analista con la transferencia y la posición del analista. Por un lado, luego de un debate precedente (especialmente en el contexto de “La dirección de la cura...”) sobre la contratransferencia, Lacan resume su nueva actitud con los siguientes términos:

La transferencia es un fenómeno que incluye juntos al sujeto y al psicoanalista. Dividirlo mediante los términos de transferencia y contratransferencia, por más atrevidas y desenfadadas que sean las afirmaciones sobre el tema, nunca pasa de ser una manera de eludir el meollo del asunto. (Lacan, 1964, p. 239)

Por otro lado, respecto de la cuestión de la transferencia, Lacan pone en un primer plano la suposición de saber –que puede estar encarnada en el analista, o no–.³ Del modo que sea, la constitución del síntoma como analizable implica el establecimiento de la pregunta por la causa del malestar, y ese paso es correlativo de la adscripción de un saber inconsciente al respecto. La transferencia, entonces, desarrolla una primera vertiente –asociada al cumplimiento de la asociación libre– que ubica al analista como intérprete del sentido inconsciente e interlocutor de la cadena significativa, esto es, sede del mensaje invertido que el analizante puede recibir desde el Otro.

Sin embargo, esta posición no es la única que reserva el dispositivo para el analista: más allá de su localización significativa, también le cabe una posibilidad como objeto, dominio que Freud entreviera a partir de la resistencia y que habla de esa dimensión de presencia en que la transferencia concierne al analista en otro lugar que el del Ideal. Este destino pulsional le cabe al analista, fundamentalmente, cuando es objeto de amor:

Lo que surge en el efecto de transferencia se opone a la revelación [esto es, el desciframiento significativo]. [...] El amor, sin duda, es un efecto de transferencia, pero es su faz de resistencia. Los analistas, para poder interpretar, tienen que esperar que se produzca este efecto de transferencia, y, a la vez, saben que hace que el sujeto se cierre al efecto de la interpretación. (Lacan, 1964, p. 261)

De este modo, en el núcleo de la transferencia hay una curiosa paradoja: el analista requiere ser incluido como objeto en la “serie psíquica” –para decirlo con el nombre freudiano–, aspecto que determina la eficacia del análisis; sin embargo, esa vicisitud es la que produce el cierre del inconsciente frente al cual flaquea la interpretación. Por esta vía, Lacan retoma la cuestión de la intervención del analista, en términos coincidentes con el planteo de “La dirección de la cura...” –al destacar que la interpretación funda la transferencia como *efecto*– aunque ampliando su desarrollo: si en el escrito precedente la interpretación tiene como punto de alcance la efectuar metonímica del deseo, sin describir en términos estrictos en qué

³ “El asunto es, primero, para cada sujeto desde dónde se ubica para dirigirse al sujeto al que se supone saber. Cada vez que esta función pueda ser encarnada para el sujeto por quienquiera que fuese, analista o no, de la definición que acabo de darles se desprende que la transferencia queda desde entonces ya fundada” (Lacan, 1964, p. 241).

consistiría esta operatoria, en el *seminario 11* se formula este paso:

Es falso, por consiguiente, que la interpretación esté abierta a todos los sentidos, como se ha dicho, so pretexto de que se trata sólo del vínculo de un significante con otro significante [...]. La interpretación no está abierta a todos los sentidos. No es cualquiera. Es una interpretación significativa que no debe fallarse. No obstante, esta significación no es lo esencial para el advenimiento del sujeto. Es esencial que el sujeto vea, más allá de esta significación, a qué significante –sin-sentido, irreductible, traumático– está sujeto como sujeto. (Lacan, 1964, pp. 257-258)

Dicho de otra manera, si la interpretación se fundamenta en la “doctrina significante”, es para que el sujeto advierta su determinación inconsciente, ese punto en que el retorno indica sujeción a un saber no sabido, y no a un supuesto portador del saber –tal como podría suponer una lectura apresurada del sujeto supuesto al saber–. Asimismo, puede verificarse en este esclarecimiento que el análisis no avanza hacia la indeterminación del sujeto, esto es, a la corroboración de la falta en ser, sino que, en todo caso, se trata de advertir la textura significante de la división en cuestión, es decir, el punto en que el significante posee, a su vez, un valor libidinal (como el caso del *Hombre de las ratas* demuestra del modo más eficaz). Por eso la interpretación no está abierta a todos los sentidos, sino a un paso de sentido (operación propia de la metáfora) que, al mismo tiempo, es su pérdida. En estos términos, entonces, la orientación de la cura puede aprehenderse en función de un movimiento que, al circunscribir los significantes amo (S_1) que comandan la satisfacción de un ser hablante, les pueda restar también su capital de goce.

Ahora bien, de regreso a la transferencia, en su vertiente de objeto –o, para usar otra expresión de Lacan de este seminario, de “puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente”–, esta vía es la que permite introducir el motivo del deseo del analista:

En consecuencia, podemos decir que detrás del amor llamado de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente. [...] No diré que todavía no he nombrado ese deseo del analista pues ¿cómo nombrar un deseo? Un deseo uno lo va cercando. (Lacan, 1964, p. 262)

Ahora bien, ¿por qué Lacan afirma que el deseo del analista está “detrás” del amor transferencial? Por un lado, podría decirse que esta variable del análisis indica ese punto que Freud llamara “manejo de la transferencia”, ahí donde la interpretación vacila y es preciso que el analista apueste, una vez más, a la continuidad del tratamiento a partir del cumplimiento de la regla fundamental. Así, *el deseo del analista sería el nombre del acto que, ya*

desde el comienzo, pone en marcha un análisis y, antes que una intervención singular, denota el punto en que ese analista en particular condesciende a prestar su persona a la transferencia. Sin embargo, por otro lado, podría haber otra acepción de la expresión “deseo del analista” cuando esa maniobra remite también a que el analista no asume una actitud neutral. Si la abstinencia no apunta más que a una “sumisión a las posiciones subjetivas del analizante” –parafraseando una conocida afirmación de Lacan en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1957-58, 530)–, la neutralidad quedaría en cuestión siempre que el analista no rechaza el amor que él mismo motiva:

Conviene entonces recalcar aquí algo que siempre se elude, que Freud expone y que no es mera excusa sino razón de la transferencia –nada se alcanza in absentia, in effigie. Esto quiere decir que la transferencia no es, por naturaleza, la sombra de algo vivido antes. Por el contrario, en tanto está sujeto al deseo del analista, el sujeto desea engañarlo acerca de esa sujeción haciéndose amar por él... (Lacan, 1964, p. 261)

De acuerdo con este recorrido, entonces, se llega al núcleo de la función del deseo del analista cuando se interroga el “encuentro” analítico a la luz del amor. Sin embargo, es preciso destacar que no se trata aquí de la dimensión imaginaria del amor, sostenida en la participación del ideal del yo:

Allí está la función, el recurso, el instrumento eficaz que constituye el ideal del yo. No hace tiempo una niña me decía gentilmente que ya era hora de que alguien se ocupase de ella para parecer amable ante sus propios ojos. Así delataba inocentemente el mecanismo que opera en el primer tiempo de la transferencia. El sujeto tiene una relación con su analista cuyo centro es ese significante privilegiado llamado ideal del yo, en la medida en que, desde ahí, se sentirá tan satisfactorio como amado. (Lacan, 1964, p. 264-265)

En todo caso, quedarse en este nivel del análisis no sería más –según Lacan– que un “primer tiempo” de la transferencia, asociado a la caída del velo narcisista del objeto. Sin embargo, a través de la elaboración de este seminario, Lacan se dirige al valor libidinal del objeto más allá de dicho velo:

Pero hay otra función que instauro una identificación de índole muy diferente, y que el proceso de separación introduce. [...] El sujeto, por la función del objeto a, se separa, deja de estar ligado a la vacilación del ser, al sentido que constituye lo esencial de la alienación. (Lacan, 1964, p. 265)

De este modo, la relación entre las operaciones de constitución subjetiva –alienación y separación– permite pensar el procedimiento conclusivo

del tratamiento: en lugar de la indeterminación de la falta en ser, *el análisis busca delimitar ese objeto (al que Lacan llama también “porquería”) con el cual el sujeto se identifica para ofrecerse al goce del Otro en la transferencia.* Por eso, la separación no indica una operación relativa al Otro –es decir, no se trata de separarse del Otro–, sino un movimiento mismo a través del deseo, que permita que el analizante como deseante pueda sostenerse en otra cosa que una suposición de goce. He aquí el lugar del deseo del analista, que promueve que a través del amor –de transferencia– el capital de goce –del síntoma– condesienda al deseo.

Por eso, a su vez, Lacan afirma que “no basta con que el analista sirva de soporte a la función de Tiresias [como descifrador], también es preciso, como dice Apollinaire, que tenga tetas” (Lacan, 1964, p. 278), esto es, que se sirva de la función del objeto:

Quiero decir que la maniobra y la operación de la transferencia han de regularse de manera que se mantenga la distancia entre el punto donde el sujeto se ve a sí mismo amable y ese otro punto donde el sujeto se ve causado como falta por el objeto a. (Lacan, 1964, 278)

De este modo, la operación analítica estaría orientada a trazar la distancia entre el Ideal y el objeto *a*. Sin embargo, esta reducción no apunta meramente a poner en cuestión la imagen narcisista, sino a *situar la causa del deseo incluso más allá de su revestimiento fálico.* Así, el análisis no estaría encaminado hacia la revelación de la falta constitutiva del deseo, sino hacia el fundamento pulsional que lo fija:

...el deseo del analista es aquello que [...] vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto a, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto a separador, en la medida en que su deseo lo permite... (Lacan, 1964, p. 281)

A partir de los elementos establecidos en los dos apartados anteriores, expondremos en la sección siguiente un caso clínico que permita verificar los conceptos propuestos de acuerdo con un recurso a la experiencia.

“Madre: ¿no ves que estoy saliendo?”

El caso en cuestión corresponde a la práctica de Valeria Morera, docente de la Cátedra I de Clínica de Adultos de la Universidad de Buenos Aires.⁴

La paciente en cuestión se llama Gisela (29 años) y trabaja hace dos años

4 Un primer registro de este caso fue publicado en el libro de A. Donghi: *Innovaciones de la práctica II* (2007). Para esta nueva exposición, el caso fue reelaborado por la analista (a quien extendemos nuestro agradecimiento), enriquecido con nuevos detalles, por lo cual las citas no se corresponderán con la paginación de la obra mencionada, dado que constituyen una referencia inédita.

en una dependencia del Estado. En la primera entrevista se presenta en los siguientes términos: “Soy bulímica desde los 11 años”. Desde entonces, ha realizado tratamientos, pero ninguno de ellos ha funcionado:

No duro mucho en los tratamientos, hablamos de mi bulimia y eso es todo: termino sabiendo lo que ya sé, que soy bulímica. [Luego agrega:] La bulimia es problema de mis padres... siempre consulté porque era lo que ellos querían.

En este punto, la analista interviene: “Si la bulimia es problema de tus padres, contame cuáles son los tuyos”. Frente a este *decir*, la paciente se sorprende y comenta que no puede ejercer su profesión, que no ha estado nunca de novia y que no tiene amigos con quien compartir sus cosas. Así es que expone su padecimiento en nuevos términos.

A la entrevista siguiente, Gisela se presenta con el relato de haber tenido un sueño. Dice no soñar nunca y, por tal motivo, decide escribirlo. Pregunta a la analista si puede leerlo. Al responder ésta que sí, se levanta, sale del consultorio en dirección a la sala de espera y retira un papel arrugado del cesto de la basura. Al volver al consultorio, lo estira sobre el escritorio y comienza a relatar su sueño:

Estaba en una fiesta, había mucha gente. Me roban la cartera y decido irme. Estoy de repente en otro lugar, un lugar abandonado y veo cómo un hombre está abusando de una mujer. Trato de salir de ahí, pero no tengo plata para tomarme un taxi, en ese momento encuentro en el bolsillo de mi pantalón \$50 y cuando por fin tengo la posibilidad de salir, me despierto.

Luego de algunas asociaciones en que Gisela relaciona el despertar con la salida... la analista interviene: “¿Por qué tiras a la basura tus sueños?”.

En la entrevista siguiente, Gisela relata haber soñado el mismo sueño, pero esta vez, hay una mujer que le muestra la salida; dice: “Esa mujer sos vos”. A partir de este momento, Gisela irá a las entrevistas con un vaso con café que beberá durante algún tiempo en el tratamiento, dejándolo vacío sobre el escritorio al retirarse. Hablará así de sus atracones con la comida: “Cada vez que tengo un atracón me siento fea, horrible”. Es por esto que se queda en su casa sin salir los fines de semana. Estos atracones comenzaron en la escuela, cuando vio a una amiga vomitar en el baño. Esta amiga era “gorda” como ella (ya que en esa época pesaba once kilos más).

Gisela agrega que vive sola hace unos años, pero que todas las mañanas, antes de irse a trabajar, se viste y se dirige a la casa de sus padres para preguntarle a su madre si está bien vestida. Si le dice que sí, sale para el trabajo; sin embargo, si le dice que no, vuelve a cambiarse. Dice hacer esto de manera automática, sin saber bien por qué. Luego añade:

Mi mamá siempre relacionó que la gente linda es la gente flaca, ella era muy flaca... pero la hermana de mi mamá siempre fue la que más hombres conquistaba.

La analista pregunta: “Tu tía, ¿es linda?”. Gisela responde: “Sí, es flaca”. No obstante, continúa diciendo que su padre siempre fue “gordito” y que su madre se lo hacía notar. “Mi papá siempre la escucha, pero no dice nada”. Al terminar la entrevista relata que tiene un casamiento el fin de semana y que no sabe qué ponerse, si un vestido de ella o uno de su madre.

A la semana siguiente, luego haberla pasado “muy bien” en el casamiento, Gisela cuenta que eligió ponerse un vestido propio. Dice que era la primera vez en mucho tiempo, que se miraba al espejo y no se sentía tan mal con su cuerpo. También comenta que no le ha preguntado a su madre si estaba bien vestida.

Pasado un tiempo de tratamiento, en cierta ocasión comenta que luego de haber estado muy sola durante un fin de semana, esto le ha provocado mucha angustia. La analista pregunta qué ha hecho en particular; Gisela cuenta que estuvo todo el fin de semana “sola con sus padres”. La analista interviene: “No hay soledad, más bien hay presencia”. Recuerda así, una escena acontecida a los ocho años. Todos los domingos iban a almorzar a la casa de su abuela materna y su madre sólo le dejaba comer ocho ravioles, diciéndole que estaba tan gorda que parecía embarazada.

Con el tiempo, Gisela refiere que los atracones han aminorado. Comenzó a salir con amigos del trabajo y con uno en particular. Dice estar contenta con estas salidas, ya que antes no podía vincularse con el grupo del trabajo. Relata que le está pasando algo que nunca le había pasado antes: no puede parar de hablar, al respecto dice: “Es como si vomitara palabras, empiezo y no paro”.

Relata luego una conversación con su madre, quien estaba preocupada porque ya la paciente no pasaba seguido por su casa; incluso quería saber con preocupación acerca de su tratamiento psicológico, y si éste estaba funcionando acorde a su bienestar. Gisela le cuenta que ha comenzado a salir con amigos los fines de semana. Le dice: “No voy, porque estoy saliendo”. La analista interviene: “Porque estás saliendo, no vas”. Gisela entonces dice: “¿Qué quiere mi mamá? ¿Me quiere enferma?”.

Pasado otro tiempo de entrevistas, Gisela hablará nuevamente de su relación con la comida. Al respecto dirá: “Esto que tengo, ya no sé cómo llamarlo. ¿Qué es? ¿Bulimia? ¿Trastornos de la alimentación? Ya no sé”. En este punto, puede detenerse el recorte del caso para pasar a un breve comentario de ciertos motivos clínicos que retomen lo establecido en los dos apartados anteriores respecto del deseo del analista.

Por un lado, sería preciso destacar una primera serie de intervenciones (las dos primeras) que promueven la puesta en marcha del dispositivo. Para

el caso, podría interrogarse por qué el analista no determina el carácter equívoco del decir de la paciente cuando ésta afirma que la bulimia es un problema *de* los padres –pudiéndose advertir el doble cambio de vía del genitivo–; sin embargo, cabría subrayar que dicha intervención hubiese caído seguramente “en saco roto”, en la medida en que aún no estaban dadas las condiciones para el inicio del análisis y, por lo tanto, para que una pregunta por el deseo se hubiese formulado.

Asimismo, podría suponerse cierta “brusquedad” en la intervención del analista, a partir de que pareciera interpelar directamente al yo del paciente; no obstante, el rasgo que permite dirimir el efecto en cuestión –la sorpresa de Gisela– esclarece respecto de cierto movimiento de división que produjeron dichas intervenciones. Por esta vía, la participación del analista acusa recibo de cierta presencia inquietante, de la cual la paciente se defiende a través de un modo desafiante de presentación del padecimiento: el *acting out* del sueño, que se continúa a la sesión siguiente con el visillo de una afirmación condescendiente (“Esa mujer sos vos”). Por fortuna, este desafío indica ya una primera puesta en forma de la transferencia, en cuyo marco se recorta un modo pulsional específico: el vacío –deslindado en el vaso que en la mesa quedaba como resto– que circunscribe la pulsión oral, donde el hambre se resuelve como un comer *nada* que demanda al Otro por aquello que le falta (“flaca”) y le sobra (“gorda”).

De este modo, a través de la serie psíquica de ese Otro del que se espera el rechazo, la posición del analista se opone a la verificación de la suposición de goce de la transferencia, para reconducir la satisfacción pulsional a una pregunta por el deseo –que avanza desde el “vómito” de palabras (que a Gisela misma interroga) hasta la pregunta por la voluntad de “enfermedad” de su madre–.

Por otro lado, también cabe notar de qué manera la posición del analista consiente la abstinencia aunque sin confundirla con la neutralidad –es el caso de la intervención “No hay soledad, más bien hay presencia”–; en última instancia, las diferentes intervenciones van recortando una pregunta por la causa del padecimiento que no admite resolverse con ningún signifiicante impropio: con el curso de las entrevistas Gisela desanda el camino de la “bulimia” para resumir con una suerte de saber en falta (“No sé”) la suposición de un sentido inconsciente para el síntoma. De acuerdo con estos términos, el deseo del analista se constituye en condición de la apertura del inconsciente, así como la angustia no se confunde con un afecto fenoménico sino que puntúa la bisagra de que se sirve el analista para intervenir.

Conclusiones

A partir de este recorte de un caso clínico puede delimitarse el modo en que el deseo del analista opera en una doble vía: en la vertiente del falo, como

signo, a través de una presencia que no condesciende a un Ideal, y que interpela al ser hablante respecto de su posición deseante; en la vertiente de objeto, a partir de la distancia entre ese Ideal (asociado a una suposición de goce en la transferencia) y la orientación de la satisfacción pulsional hacia la pregunta por el deseo del Otro.

En resumidas cuentas, a partir de las elaboraciones de este artículo puede considerarse que no hay una “teoría general” del deseo del analista, ni una definición que pueda proponerse (en términos de condiciones necesarias y suficientes de aplicación del término) más allá de las operaciones concretas a que está destinada su injerencia en la experiencia del análisis. Asimismo, en función de lo anterior, puede concluirse que no es posible establecer en psicoanálisis un “técnica” prescriptiva de lo que un analista debe hacer en cada caso para operar como analista, sino que las operaciones se consolidan a través de sus efectos y, por lo tanto, podría decirse que hay tantas formas del deseo del analista como casos posibles (y efectivos).

Por último, en futuros trabajos nos abocaremos a investigar la deriva de la expresión “deseo del analista” en la enseñanza de Lacan más allá de las referencias del *seminario 11*, con el objetivo de cernir su relación con la noción de “acto analítico”.

Referencias

1. Lacan, J. (2002) *Escritos 2, Siglo XXI*, Buenos Aires.
2. Lacan, J. (1960-61/2004) *El seminario 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
3. Lacan, J. (1964/1997) *El seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
4. Morera, V. (2007). Madre, ¿no ves que estoy saliendo? En A. Donghi *Innovaciones de la práctica II: Anorexias, Bulimia y Obesidad*. Buenos Aires: JVE, pp. 41-60.

Recibido: 28 de agosto de 2013
Aceptado: 6 de diciembre de 2013